

PREFACE

30 June 2022 marks the sixtieth birthday of KLAUS GEUS. On this occasion, friends and colleagues have joined forces to celebrate a remarkable scholar. Having held the Chair for Ancient Geography at Freie Universität Berlin since 2009, it seems appropriate to assemble a Festschrift in his honour, comprising contributions within this comprehensive discipline.

The wide range of papers not only attests to KLAUS GEUS' extensive network but also to his intention to go beyond traditional boundaries of ancient history. Nominally, the Mediterranean is the subject of KLAUS GEUS' department, but in reality the *Mare Nostrum* does not constitute a hard border. Thus, the Black and Red Seas, the Indian Ocean and countries contiguous with these as well as utopias have been studied by KLAUS GEUS, for whom not even the sky is the limit, as it becomes obvious from his many studies in ancient astronomy and Ptolemy.

Such Herculean feats are not for the faint-hearted. Noteworthy for his meticulousness, this early bird is always well-prepared for his classes as well as the many reading sessions that take place, often on a weekly basis, at his department on a variety of subjects.

Not surprisingly, KLAUS GEUS demands the same academic standards from those working with him. Accordingly, during an interview prior to taking up my position as a research assistant my future boss inquired me about my knowledge of ancient languages – apart from Greek and Latin. At the end of, in my opinion, an impressive list KLAUS GEUS merely replied: “And Armenian?” Embarrassingly, I had to admit my ignorance of this language so fundamental to his department. Seven years on I am still struggling to learn Armenian but have had the privilege of venturing into often uncharted territories under the competent guidance of KLAUS GEUS, who insists on learning the languages relevant to each subject under study.

It is thus a great honour to edit a Festschrift consisting of contributions by friends and colleagues, some of whom have been knowing KLAUS GEUS for decades, whereas others have only recently begun to sip at this profound source of wisdom.

Were this Festschrift to include papers from all those desiring to honour KLAUS GEUS, it would greatly exceed the present format, but an impression of his influence may be glimpsed from the *Tabula gratulatoria*, which is surely incomplete. The list of KLAUS GEUS' publications is restricted to his academic output and similarly excludes titles published under pseudonym. No doubt hopelessly outdated by the time the Festschrift is published, this list will nonetheless amply demonstrate the laboriousness of this great scholar, colleague and friend.

I am grateful to Annette Mühlendorf for proofreading parts of the manuscript.

LA INDIA EN LA OBRA DE POMPONIO MELA

Manuel Albaladejo Vivero, Valencia

Debemos a Pomponio Mela la obra geográfica en lengua latina más antigua que ha llegado hasta nosotros¹, aunque no fue un autor que destacó por su originalidad al escribir sobre dicha materia, ni tampoco al tratar sobre cuestiones etnográficas². Compuesta durante el reinado de Claudio³, su *Corografía* utilizó materiales de segunda mano, desactualizados e imprecisos, incluso por lo que respecta a acontecimientos sucedidos durante la época en la que él mismo vivió.

Por aquel entonces, la India gozaba de cierto protagonismo dentro de la tradición de la literatura geográfica y etnográfica helénica. En este sentido, basta con pensar en el *logos* indio de Heródoto y en la primera parte del libro XV de la *Geografía* de Estrabón, ambas obras fueron, sin duda, consultadas por Mela⁴.

Así, su India⁵ está delimitada por el mar oriental (llamado Eoo) y el Índico; al norte, se encuentran las cumbres del Tauro y, al oeste, el río Indo. Cabe la posibilidad de plantear que, a la hora de establecer la anterior delimitación, el autor pudiese haber tenido delante una representación cartográfica⁶, quizás la de Eratóstenes o, incluso, la de Marco Vipsanio Agripa, que se enmarca dentro de la hipótesis de que, el propio Mela, la hubiese empleado para delinear el mapa de Hispania⁷. No es posible establecer, con total seguridad, si Agripa la incluyó dentro de su *orbis pictus* o, consiguientemente, su forma; debido a la lejana ubicación de la India, frente a los dominios del Imperio romano.

Con esta pequeña contribución deseo mostrar mi reconocimiento y mi admiración a mi amigo el KLAUS GEUS, que, entre un amplísimo número de cuestiones, precisamente ha investigado la obra de Mela. También quiero agradecer a mis colegas y personas queridas la lectura de este trabajo, así como sus consejos y recomendaciones.

- 1 BRODERSEN 1994, ix.
- 2 BIANCHETTI 2008, 92–93.
- 3 Según da a entender el propio Mela en 3,49; BRODERSEN 1994, 1–2, la ha fechado en el invierno transcurrido entre los años 43–44 d. C.
- 4 BIANCHETTI 2008, 93. Sin embargo, BRODERSEN 1994, 5, considera que Mela habría empleado, al menos, dos obras como fuentes principales: para Asia, Egipto y Europa oriental, un periplo compuesto algunas décadas antes del año 27 a. C. y otro periplo, más reciente, para Europa occidental e Hispania (que también pertenece a la Europa occidental).
- 5 Mela 3,61. Previamente, en 1,11, había afirmado que los pueblos más orientales del mundo eran los indios, los seres y los escitas; de ellos, los seres habitaban casi el centro de la zona del Eoo, mientras que las otras dos etnias vivían en los extremos. En el caso de los indios, también estaban dispuestos hacia el Sur. Una disposición similar aparece en Plin. *Nat.* 6,56.
- 6 A pesar de las reticencias mostradas por BRODERSEN 1994, 22.
- 7 GÓMEZ FRAILE & ALBALADEJO VIVERO 2013, 356–424.

En todo caso, lo cierto es que la delimitación establecida por Mela concuerda con la primera *sphragis* (de forma romboidal), establecida por Eratóstenes⁸, por lo que tendría más sentido pensar que la representación, que habría seguido el de Tingentera, hubiese sido la del sabio de Cirene.

Asimismo, Mela recoge la información que apuntaba a que, en la India, podían ser observados unos extraños fenómenos astronómicos⁹. En concreto, afirmó¹⁰ que, en alguna de sus regiones, no podían ser contempladas las dos Osas y las sombras de los objetos se prolongaban hacia el Sur de manera diferente a lo que sucedía en las demás regiones.

La tradición geográfica griega ya había tratado la descripción de fenómenos astronómicos que, supuestamente, podían ser observados en la India y que guardan bastante similitud con lo expresado por Mela. Uno de los autores que trataron acerca de los mismos fue Onesícrito de Astipalea, “historiador de Alejandro” (formado con Diógenes de Sínope) y timonel de la nave real, que es conocido por sus escritos, datados después del año 305 a.C., entre ellos, una obra sobre Alejandro y su campaña, donde escribió que, en una zona de la India, ubicada en el remonte del río Hífacis, “los objetos carecían de sombra durante el solsticio de verano”¹¹. Plinio el Viejo (que había conocido la noticia de Onesícrito, a través de la obra de Juba de Mauritania) llegó a la conclusión de que el Sol se encontraba, entonces, sobre la vertical, respecto a ese punto. La redacción pliniana continúa recogiendo la información de que, en el país de los oretes, situado, asimismo, en la India, había un monte llamado Maleo¹², en cuya falda las sombras se proyectaban, en verano, hacia el Sur y, en invierno, hacia el Septentrión, durante seis meses respectivamente; solo durante quince noches aparecía allí la Osa Mayor. Igualmente en el mismo país, en el puerto de Patala, se dice que el Sol salía por la derecha y las sombras caían hacia el mediodía. Cuando Alejandro estuvo allí, se advirtió que la Osa Mayor se veía solo durante la primera parte de la noche. Por lo demás, Onesícrito dejó escrito que, en las zonas de la India, en las que no había sombras, no se divisaba la Osa Mayor y, además, esos lugares se llamaban *ascios* (es decir, sin sombra) y, en ellos, no se contaba por horas.

Nearco de Creta, que fue almirante de la flota de Alejandro y, como tal, comandó un viaje de exploración entre la desembocadura del Indo y el fondo del golfo Pérsico, redactó una obra, de la que no ha llegado su título, que bien pudo haberse dado a conocer entre los años 317 y 310 a. C.¹³. En dicho escrito quedó patente la controversia que había mantenido con el propio Onesícrito durante el mencionado periplo, pero también encontramos algunos puntos coincidentes, como

8 La recogió Str. 2,1,22 p. 78C; 11,1,1 p. 490C. KARTTUNEN 2017 [1997], 102–105; GEUS 2002, 276–277.

9 Mela 3,61: *ita multum a nostris abducta regionibus, ut in aliqua parte eius neuter septentrio adpareat, aliterque quam in aliis oris umbrae rerum ad meridiem iaceant.*

10 En consonancia con algunos testimonios contenidos en Str. 2,1,20 p. 77C.

11 Plin. *Nat.* 2,183–185 = Onesicr. *FGrHist* 134 F 9. BROWN 1949, 7.

12 Citado de nuevo en Plin. *Nat.* 6,69, donde se indica que durante el invierno las sombras se proyectaban hacia el Norte, mientras que en verano lo hacían hacia el Sur.

13 JACOBY 1923–1930, 445–446; BUCCIANTINI 2015, 152–153.

es el caso de los extraños fenómenos astronómicos que, en teoría, eran apreciables en la región del Índico. En concreto, Nearco escribió¹⁴ que, al navegar a lo largo de las costas de la India, las sombras ofrecían un aspecto peculiar; cuando los barcos se dirigían hacia el Sur, las sombras se proyectaban igualmente hacia alta mar y, durante el mediodía, ningún objeto podía proyectar sombra de sí mismo.

Igualmente, los astros que, anteriormente, habían sido visibles en el cielo, ya habían dejado de serlo o bien aparecían casi en la línea del horizonte. Por ende, era posible percibir cómo se ocultaban y alzaban, posteriormente, los astros, que eran siempre visibles desde otras latitudes.

Noticias similares pueden ser atribuidas a Megástenes, embajador de Seleuco I, ante la corte del maurya Chandragupta, y escritor de unos *Indiká*, a finales del siglo IV a. C.; en la obra de Diodoro de Sicilia¹⁵, encontramos una referencia, tomada de dicho autor, en relación a la no visibilidad de las Osas, en diversas partes de la India, además de señalar que, en las regiones más meridionales, ni siquiera aparecía Arturo¹⁶, las sombras se proyectaban hacia el Sur.

Por su parte, Estrabón¹⁷ recogió otra noticia procedente de Nearco y de Megástenes (utilizando a Eratóstenes como fuente intermedia), donde afirmaba que, en la India meridional, ambas Osas no eran visibles y las sombras se disponían en sentido contrario. A pesar de ello, el propio Estrabón indicó, en otro pasaje, seguramente siguiendo los cálculos del citado Eratóstenes, que era en la latitud del País de la Canela, a 8800 estadios al norte del Ecuador, y coincidente con la zona de Bab el-Mandeb (el estrecho del golfo Árábigo) y en aquella situada al sur de la isla de Taprobane (Sri Lanka), donde la Osa Menor comenzaba a resultar visible¹⁸.

Volviendo al relato de Mela, en ningún pasaje de su obra mencionó ni la longitud ni la anchura de la India, pero sí ofreció la cifra (un tanto excesiva) de sesenta días y sesenta noches, empleada por los navegantes para recorrer sus costas, lo que contrasta con la cantidad de cuarenta días y cuarenta noches que recogió Plinio para referirse a dicha longitud de sus costas¹⁹; es de vital importancia detenerse, en este punto, a recordar que, en el mismo capítulo, el erudito de Como citó que el propio Vipsanio Agripa había calculado la longitud de la India en tres millones trescientos mil pasos y su anchura en un millón trescientos mil pasos.

A continuación de estos someros datos geográficos y de curiosidades astronómicas, Mela se centró en algunos de los principales tópicos etnográficos que habían estado presentes en las descripciones de la India, desde las respectivas obras de Escílax de Carianda, Hecateo de Mileto y Heródoto; que aportan información

14 Nearch. *FGrHist* 133 F 1 = Arr. *Ind.* 25,4–8. Véanse los eruditos comentarios de GIL 1995, 344 n. 87.

15 Diod. 2,35,2 = Megasth. *FGrHist* 715 F 4; en Plin. *Nat.* 6,69 = Megasth. *FGrHist* 715 F 7b, se recoge la noticia de que en varios lugares de la India la Osa Mayor aparecía una sola vez al año y únicamente durante quince días.

16 Es la estrella más brillante de la constelación del Boyero, localizada junto a la Osa Mayor.

17 Str. 2,1,20 p. 77C = Nearch. *FGrHist* 133 F 16; Str. 2,1,19–20 p. 76–77C = Megasth. *FGrHist* 715 F 7a.

18 Str. 2,5,35 p. 133C.

19 Plin. *Nat.* 6,57.

acerca de la proverbial feracidad del país, la cual servía de sustento a un gran número de animales y personas; acto seguido, acude Mela a relatar la historia de las hormigas gigantes que vigilaban el oro extraído de la tierra. Precisamente, la versión más antigua que ha llegado hasta nosotros ha sido la del libro tercero de Heródoto²⁰, donde se relata la peculiar forma que tenían los lugareños de conseguir el metal precioso, que extraían unas hormigas enormes (superiores en tamaño a los zorros, pero inferiores a los perros), del desierto arenoso donde vivían, al objeto de construir sus guaridas.

Este *topos* de la riqueza aurífera del país, que no podía faltar en toda descripción geográfica y etnográfica del mismo, es mezclado en la *Corografía* con el relato acerca de los grifos, otros seres fantásticos, descritos como aves cuadrúpedas de mayor tamaño que un lobo, con patas y garras de león, que, en la tradición literaria griega, también habían estado relacionados con la custodia del oro²¹. En este caso, el autor, perteneciente al origen de la tradición que vinculaba la presencia de los grifos con la India, fue Ctesias de Cnido, un médico que, a finales del siglo V a. C., prestó sus servicios profesionales en la corte aqueménida²².

Otro elemento que incluye Mela en su repertorio de maravillas propias de la India son las serpientes, que ya habían tenido bastante repercusión en las descripciones de los historiadores de Alejandro²³ (en los fragmentos conservados

- 20 Hdt. 3,102–105. El de Halicarnaso afirmó que eran “los persas” los que narraban este relato, aunque GÓMEZ ESPELOSÍN 2000, 97–98, ha sugerido que la noticia pudo haber provenido de Escilax de Carianda, el marino cario que exploró el valle del Indo y las costas del mar de Arabia por encargo de Darío I, según sabemos de Hdt. 4,44. Véase también BUCCIANINI 2013, 43–54.
- 21 ROMM 1992, 69–70, 118. Se trata de una variación del tema universal de las grandes riquezas que podían encontrarse en los confines del mundo, a las que, por supuesto, costaba mucho acceder, después de haber realizado un largo y peligroso viaje, y que, además, estaban custodiadas por monstruos u otros fabulosos vigilantes.
- 22 Ctes. *FGrHist* 688 F 45,26; F 45h = Ael. *NA* 4,27. En concreto, escribió Ctesias que el abundante oro indio era custodiado por los peligrosos grifos en numerosas montañas de gran tamaño, en un nuevo ejemplo de cómo en la mentalidad etnográfica griega los animales fantásticos debían custodiar las abundantes riquezas propias de una tierra situada en los confines del mundo (al modo que había narrado Hdt. 3,116; 4,13; 4,27, sobre los mismos grifos que, en este caso, guardaban el oro frente a los arimaspos).
- 23 En concreto, Onesícrito mencionó en *FGrHist* 134 F 16a = Str. 15,1,28 p. 698C; *FGrHist* 134 F 16b = Ael. *NA* 16,39, dos serpientes que supuestamente se encontraban en la corte de Abisares, una región situada en las montañas al norte de Taxila y que medirían ochenta (unos 37 metros) y ciento cuarenta codos (alrededor de 64,8 metros) respectivamente. Además, en la versión recogida por Eliano, se nos dice que Alejandro habría mostrado su interés por verlas personalmente. En el fragmento transmitido por Nearco, las medidas de las serpientes (siempre descritas como dañinas y abundantes) fueron más reducidas, seguramente porque se dedicó a refutar los datos ofrecidos tiempo atrás por el propio Onesícrito: en Nearch. *FGrHist* 133 F 10a = Arr. *Ind.* 15,10–12 dijo que cazaron una de once codos (algo más de cinco metros) y en Nearch. *FGrHist* 133 F 10b = Str. 15,1,45 p. 706–707C, se menciona una víbora de dieciséis codos (casi siete metros y medio). Por su parte, Megástenes escribió, nada menos, que sobre unas serpientes de dos codos que podían volar mediante una membrana, a semejanza de los murciélagos; en concreto, se desplazaban de noche y despedían gotas, tanto de orina como de

de Ctesias hay una referencia a una serpiente púrpura que no mordía, pero sí desprendía dos tipos de venenos, ambos mortales²⁴); en esta ocasión, el de Tingentera se centra en los recursos empleados por los ofidios para acabar con los elefantes del país: bien los mordían, bien los rodeaban con su cuerpo.

En cuanto al tópicos, ya mencionado, de la feracidad de la India, debemos tener en cuenta que, en la teoría geográfica griega, ese país era precisamente la tierra más cercana al Sol naciente y, por tanto, recibía su poder calorífico con mayor fuerza. Como muestra de dicha fertilidad, Mela afirmó que la miel manaba de las hojas de los árboles, una clara referencia al panorama idílico (a la vez que, paradójicamente, lleno de peligros) descrito por Ctesias de Cnido; en concreto, en uno de sus fragmentos encontramos una curiosa referencia, digna de ser enmarcada dentro de una perdida Edad de Oro, a un río que manaba miel de una piedra²⁵. No menos conocida es la “lana de árbol” o algodón²⁶, también mencionada por Heródoto, que Mela recuperó, diciendo que los bosques producían lana (*lanas siluae ferant*).

Incluso, el medio de transporte descrito por Mela, las canoas elaboradas gracias a unas cañas gigantes (cosa que no debería extrañar, dado que la naturaleza hacía posible que los seres vivos fuesen de mayor tamaño e, incluso, llegaban, en teoría, a ser gigantescos en la India), habían sido ya descritas por el de Halicarnaso al tratar sobre el modo de vida de las poblaciones asentadas junto al río Indo²⁷; por su parte, Ctesias se refirió a la “caña índica”, que crecía también cerca del mismo curso fluvial y que algunos autores han pretendido identificar con el bambú, aunque habría que descartar tal asociación, ya que el médico cnidio escribió que su grosor era tal que dos hombres con los brazos abiertos apenas podían abarcar su tronco y tenía una altura similar a la del mástil de una nave de gran porte²⁸.

Dentro de esta descripción etnográfica de la India, Mela también dedicó un espacio a la vestimenta empleada por los habitantes del país. En concreto, escribió que las materias primas textiles eran la lana y el lino; este último ya fue mencionado por Nearco, a propósito de las túnicas brillantes, usadas por algunos indios, que les cubrían hasta media pierna²⁹, y por Megástenes, al referirse a los brahmanes, que habían cumplido un periodo de treinta y siete años de vida austera, ya que, a partir de ese momento, podían retirarse a sus propiedades, contraer matrimonio y vestirse con paños de lino³⁰. De otros, en cambio, se nos dice que se vestían con pieles de aves y de animales, lo que recuerda sobremanera al modo de vida que el propio

sudor, que descomponían la piel que era tocada por las mismas, Megasth. *FGrHist* 715 F 21a = Str. 15,1,37 p. 703C; Megasth. *FGrHist* 715 F 21c = Ael. *NA* 16,41.

24 Ctes. *FGrHist* 688 F 45,33; F 451 = Ael. *NA* 4,36.

25 Ctes. *FGrHist* 688 F 45,29.

26 Hdt. 3,106. Posteriormente también se referirían a ella Onesícrito en *FGrHist* 134 F 22 = Str. 15,1,21 p. 694C y Nearco en *FGrHist* 133 F 19 = Str. 15,1,20 p. 693–694C.

27 Hdt. 3,98.

28 Ctes. *FGrHist* 688 F 45,14.

29 Nearch. *FGrHist* 133 F 11 = Arr. *Ind.* 16,1–2.

30 Megasth. *FGrHist* 715 F 33 = Str. 15,1,59 p. 712C. Dicho periodo, o primer *ashram*, equivale al periodo de treinta y seis años más uno recogido en las *Leyes de Manú* 3,1. DZIECH 1950, 5–16; HANSEN 1965, 355–362; STONEMAN 1995, 105–106; KARTTUNEN 2017 [1997], 57–59.

Megástenes³¹ atribuyó a los sarmanes³², una de las dos categorías de sabios que ubicó precisamente en la India; en concreto, nos transmite el embajador de Seleuco que los más honrados entre los sarmanes eran los hilobios, que se alimentaban de hojas y frutos silvestres, a la vez que se vestían con las cortezas de los árboles.

Por supuesto, no podía faltar una referencia, si bien demasiado escueta, a los famosos “sabios desnudos” de la India (el término “gimnosofista”, que sepamos, no fue utilizado por ninguno de los historiadores de Alejandro, sino que aparece a partir de la versión del encuentro entre Alejandro y los sabios indios recogida en el *Papiro de Berlín* 13044, del siglo I a. C.)³³. En concreto, Mela habló de *pars nudi agunt, pars tantum obscena uelati*, de modo que faltó la referencia a los “sabios”, pero el de Tingentera era, al menos, consciente de la existencia de una tradición literaria sobre un colectivo de habitantes de la India que no usaba ropa.

Otro tópico habitual, al escribir sobre este país, era el de la existencia de elefantes, al menos desde la experiencia autóptica de los historiadores de Alejandro (aunque es cierto que, anteriormente, Ctesias había mencionado unos elefantes que destruían murallas, así como los cien mil paquidermos de combate al servicio del “rey de los indios³⁴”). Mela afirmó, al respecto, que algunos habitantes del país eran tan fuertes que se servían de estos animales, que, en consonancia con esos paisanos, eran de gran tamaño, del mismo modo que los romanos utilizaban a los caballos³⁵.

Igualmente, encontramos referencias a una situación descrita por Heródoto a propósito de la *δίαίτα* de los habitantes del país.

En concreto, Mela describió una serie de grupos humanos, definidos por su tipo de alimentación y modo de vida; aparecen, así, unas personas que preferían no matar ningún animal, para no alimentarse con su carne y otras que solo se alimentaban a base de pescado³⁶.

Otras personas, en cambio, mataban a sus familiares cercanos antes de que cayeran enfermos o tuvieran una avanzada edad, puesto que consideraban lícito y piadoso alimentarse de sus entrañas.

Tal y como se acaba de mencionar, fue Heródoto quien elaboró esa descripción etnográfica acerca de diversos pueblos indios a partir, fundamentalmente, de su *δίαίτα*. En concreto, encontramos en su *logos* indio referencias a autóctonos de este lugar que consumían pescado crudo, que, por cierto, capturaban a bordo de embarcaciones confeccionadas con cañas³⁷; a continuación, aparece la mención a los antropófagos, de quienes ofreció su etnónimo, los *padeos*, que, por regla

31 Megasth. *FGrHist* 715 F 33 = Str. 15,1,60 p. 714C. KARTTUNEN 2017 [1997], 62–63.

32 Los manuscritos transmiten “garmanes”, pero ya SCHWANBECK corrigió acertadamente su lectura en “sarmanes”, más acorde con el término *śramaṇa* (“el que se esfuerza”).

33 = *FGrHist* 153 F9.

34 Ctes. *FGrHist* 688 F 45,7; F 45b = Ael. *NA* 17,29.

35 Mela 3,63: *alii ita proceri et corpore ingentes, ut elephantis etiam, et ibi maximis, sicut nos equis facile atque habiliter utantur.*

36 Mela 3,64: *quidam nullum animal occidere, nulla carne uesci optimum existimant, quosdam tantum pisces alunt. quidam proximos parentes, priusquam annis aut aegritudine in maciem eant, uelut hostias caedunt, caesorumque uisceribus epulari fas et maxime pium est.*

37 Hdt. 3,98.

general, eran nómadas y comían carne cruda (importante rasgo de barbarie), pero, cuando enfermaba algún miembro de la tribu, si se trataba de un hombre, los demás hombres lo mataban, y si la enferma era una mujer, acababan con su vida las restantes mujeres. De esta manera, se daban un banquete a costa de las personas enfermas y también de las ancianas, como se indica en el mismo capítulo³⁸.

Este tema, la antropofagia, que horrorizaba al público griego, además de ser un importante tabú³⁹, que nosotros hemos heredado culturalmente, fue, asimismo, tratado por Heródoto, de manera recurrente, en su *Historia*⁴⁰, pero cabría plantear la hipótesis de que, en esta ocasión, el de Halicarnaso hubiese querido mostrar a su público una sociedad propia del ámbito de la alteridad, donde se evitaba a sus miembros el sufrimiento asociado a la enfermedad y a la vejez, practicando un especie de “eutanasia activa”, aunque brutal, eso sí, porque, al fin y al cabo, la realizaba un pueblo “bárbaro⁴¹”.

Otra información relacionada con el citado *logos* indio aparece en la *Corografía* al narrar que, cuando esos habitantes de la India se sentían ancianos o enfermos, se alejaban de los demás y esperaban tranquilamente en soledad la llegada de la muerte⁴². En la obra de Heródoto⁴³, aparecía un grupo humano, descrito precisamente a continuación de los *padeos*, que tenía un régimen de vida distinto, podríamos incluso afirmar que estaba basado en la inactividad, puesto que sus miembros no tenían casas, no mataban a ningún ser vivo, pero tampoco sembraban nada, ya que se alimentaban a base de hierbas y de legumbres silvestres. Cuando uno de ellos caía enfermo, se nos dice que se dirigía a un despoblado y se tendía en el suelo, sin que nadie, ni a su muerte ni durante su enfermedad, cuidase de él. De esta manera, tenemos la impresión de que el de Halicarnaso quiso mostrar, con este ejemplo, una sociedad que no practicaba la antropofagia, pero era tan insolidaria, que ni siquiera se preocupaba por sus enfermos; a diferencia de los *padeos*, que, bien es cierto, se encargaban nada menos que de acabar con la vida de sus familiares y convecinos, para terminar consumiendo su propia carne⁴⁴.

Sin embargo, en el rápido recorrido que realiza Mela sobre la etnografía de la India (panorama muy deudor de estos autores griegos, como estamos viendo) no hay la menor traza de algo que se asemeje a un relato moralizante, como parece desprenderse de la narración de Heródoto.

Como nueva muestra de ese veloz repaso literario de las costumbres y modo de vida de los habitantes del país asiático, valga la mención que hizo Mela al suicidio de Cálano, si bien el nombre de este sabio no aparece en la *Corografía*. En concreto,

38 Hdt. 3,99.

39 Recordemos, por poner un ejemplo, el pasaje de Hesíodo (*Op.* 275–280), donde el poeta beocico le recuerda a su hermano que Zeus instituyó las leyes para poner orden en la humanidad y que el hecho de comerse unos a otros es propio de fieras. SIERRA MARTÍN 2012, n. 41.

40 Hdt. 1,216; 3,25; 3,38; 4,26.

41 ALBALADEJO VIVERO 2005, 31.

42 Mela 3,65: *at ubi senectus aut morbus incessit, procul a ceteris abeunt mortemque in solitudine nihil anxii expectant.*

43 Hdt. 3,100.

44 ALBALADEJO VIVERO 2005, 32–33.

leemos que los más prudentes y dotados de conocimiento no aguardaban la muerte, sino que “se adelantaban a ella arrojándose al fuego alegres y con gloria⁴⁵”.

En efecto, conocemos algunos detalles sobre la vida del brahmán Cálano, a través de algunas referencias de los historiadores de Alejandro⁴⁶. Fue uno de los “sabios desnudos” con los que se entrevistó Onesícrito (en un tono que podríamos calificar como “apocalíptico”) en los alrededores de Taxila y, que posteriormente, decidió unirse al séquito de Alejandro. Según el testimonio de Nearco, pertenecía al grupo de los brahmanes que investigaba los fenómenos de la naturaleza. En todo caso, pasó a la historia de la expedición macedónica por su espectacular suicidio, puesto que, una vez que la expedición hubo llegado a Pasargadas, Cálano se sintió enfermo, por primera vez en su vida, y solicitó que construyeran una pira de madera, para que él pudiera arrojarse voluntariamente a las llamas, antes de que la enfermedad acabase con su existencia⁴⁷.

Pasemos ahora a cuestiones como la geografía humana y física de la India, de las que Mela nos ha dejado, asimismo, algunos apuntes. La única ciudad que menciona (aunque admite que hay muchas) es Nisa, descrita como *clarissima et maxima*; como vemos, no hay la menor referencia a Taxila, donde se produjo el encuentro con los sabios desnudos, ni sobre Pataliputra, capital del Imperio Maurya, que fue conocida por Megástenes durante su visita diplomática. Ni siquiera aparece ningún *emporion* o ciudad costera de la vertiente occidental del país, que, por la época del propio autor, eran frecuentadas anualmente por comerciantes y marinos procedentes del Imperio Romano.

En los relatos de los historiadores de Alejandro, Nisa había tenido una gran relevancia, a tenor de la huella que ha dejado en la narración de Arriano de Nicomedia, puesto que había constituido una de las principales pruebas de la supuesta presencia de Dioniso (el fundador precisamente de la ciudad) en la India, como precedente mítico y prestigioso a la expedición macedónica⁴⁸ (esta divinidad, entre otras novedades, habría introducido la agricultura en el país, ya que hasta entonces sus habitantes eran nómadas⁴⁹).

En conexión con la ciudad de Nisa aparece, en el relato de Mela, el monte llamado Mero, del que se dice que estaba consagrado a Júpiter. Una vez más, el recurso a lo escrito por los historiadores de Alejandro y Megástenes es absoluto⁵⁰,

45 Mela 3,65: *prudenteriores et quibus ars studiumque sapientiae contingit non expectant eam, sed ingerendo semet ignibus laeti et cum gloria arcessunt.*

46 Diod. 17,107,1–6; Str. 15,1,4 p. 686C; 15,1,64 p. 715C = Onesicr. *FGrHist* 134 F 17a; 15,1,66 p. 716–717C; 15,1,68 p. 717–718C = Megasth. *FGrHist* 715 F 34a; Plu. *Alex.* 69,3–4; Arr. *An.* 7,2,2–4 = Megasth. *FGrHist* 715 F 34b; *An.* 7,3,6 = Nearch. *FGrHist* 133 F 4. BOSWORTH 1998, 173–203; LEROY 2016, 101, 224.

47 A pesar de la espectacular acción protagonizada por este sabio, la literatura de la India antigua condenaba el suicidio.

48 DIHLE 1987, 47–57.

49 Diod. 2,38,4; Str. 15,1,8 p. 687–688C; Curt. 8,10,7–8; Plin. *Nat.* 6,79; Plu. *Alex.* 58; Arr. *An.* 5,1,1–5; 5,2,1–2; Arr. *Ind.* 1,4–7; 5,9; Iust. 12,7.

50 Arr. *An.* 5,1,6; 5,2,5–6. Según el testimonio de Arriano, posiblemente basado en el de Nearco, los macedónicos encontraron hiedra y laurel en dicho monte, confeccionaron unas coronas y entonaron cantos e invocaciones en honor de Dioniso.

puesto que dicha montaña (que, por supuesto, significa “muslo”, en clara conexión con el mito del nacimiento de Dioniso en un muslo de Zeus).

Tampoco abundan las referencias a las diversas etnias que poblaban la India, a diferencia de lo que encontramos en la obra de Plinio el Viejo; tan solo hay una mención a los palíbotros; otra, muy genérica, a unos pueblos negros, similares a los etíopes, que habitaban desde el Ganges⁵¹ hasta Colis⁵², y, finalmente, una más a unas gentes innominadas que vivían entre Colis y el Indo, de quienes se dice eran temerosas (*timidique populi*), a la vez que ricas en recursos marinos. Los primeros, los palíbotros, se trata en realidad de una referencia a los prasios (= *prachya*, “los orientales”), la etnia ubicada en el curso medio del Ganges; al respecto, ofrece Plinio una explicación: dado que su capital era la ciudad de Palíbotra⁵³ (la Pataliputra visitada por Megástenes durante su embajada), se denominaba “palíbotros” a todos los miembros de ese pueblo, más concretamente desde la zona del Ganges⁵⁴.

Asimismo, son muy escasos los promontorios o cabos citados a propósito de la India. Además del citado Colis, que estaba orientado hacia el mar Eoo, encontramos mencionado el Tamo⁵⁵, entendido como una elevación o prolongación del Tauro (*quod Taurus adtollit*), así como punto de demarcación de la zona precisamente habitada por los palíbotros (*Oras tenent a Tamo ad Gangem Palibothri*).

Los únicos ríos recogidos son los principales⁵⁶: el Indo y el Ganges, junto con tres afluentes del primero (el Cofe, el Acesino y el Hidaspe). Ante esta pobreza de datos, ofrecidos de manera escueta⁵⁷, basta recordar todas las referencias a cursos fluviales presentes en la obra de los historiadores de Alejandro, que, como se puede comprobar fácilmente en Estrabón⁵⁸ y Arriano⁵⁹, dedicaron un espacio considerable a tratar sobre esta cuestión, sobre todo a la hora de describir el sistema de drenaje del Panchab, que, a juzgar por los fragmentos conservados, tanto sorprendió a los miembros de la expedición.

51 Mela 3,67.

52 Se trata de un promontorio que puede ponerse en relación con el *promuntorium Coliacum* mencionado Plin. *Nat.* 6,86. Por su parte, Ptol. *Geog.* 7,1,11; 7,41, se refirió al *Kóry akrón*. Podría tratarse del cabo Calimere.

53 También mencionada por Megástenes en *FGrHist* 715 F 18b = Str. 15,1,36 p. 702C, que ofreció la explicación consistente en que el rey debía llevar obligatoriamente el mismo nombre que la ciudad (Palíbotro) junto a su antropónimo.

54 Plin. *Nat.* 6,68: *sed omnium in India prope, non modo in hoc tractu, potentiam claritatemque antecedunt Prasi amplissima urbe ditissimaque Palibothra, unde quidam ipsam gentem Palibothros vocant, immo vero tractum universum a Gange.*

55 Mela 3,68. Se ha identificado con el cabo Negrais o punta Mawtin, en la actual Birmania o Myanmar. PARRONI 1984, 417; SILBERMAN 1988, 295.

56 Mela 3,68.

57 En Str. 15,1,32 p. 700C, el Indo tenía quince afluentes y según Plin. *Nat.* 6,71, su número llegaba a los diecinueve.

58 Str. 15,1,17–19 p. 691–693C.

59 Arr. *An.* 6,3–6,5.